

obras pías en parte confiscadas, en parte distraídas de su objeto, y en parte disipadas para engordar una turba de administradores, casi todas, por último, quitadas al clero. En cada día que trascurre lleva á Cristo una nueva injuria, á la Iglesia una nueva herida, á la religion cristiana un nuevo agravio, al pueblo católico un nuevo obstáculo para el bien; el gobierno, frecuentemente conforme con los municipios que ha formado á su semejanza, hace lo posible para destruir y aniquilar al Catolicismo. Si no puede tales hechos negar todo el que tenga mente para entender y ojos para mirar, resulta evidente que los autores de tan gloriosas empresas no pueden menos de ser sumamente hostiles al Romano Pontífice. Ahora bien; á tal raza perversa de ateos, deístas, racionalistas é impíos de todos colores y denominaciones, le toca velar por el Romano Pontífice, otorgándole primero y sosteniéndole despues las garantías indispensables para su ministerio pastoral. ¡Ah! Si no se tratase del sacrilegio más hórrido que recuerdan los anales de la humanidad, y de la más pérfida traicion que se ha urdido contra enteras generaciones, despojadas así de la fé, y por consiguiente de la vida eterna, sería un asunto á propósito para excitar en todo el género humano una risa inextinguible. ¡Un Parlamento como el italiano hacer leyes de garantías para el Pontífice! ¡Ministros como Cavour, Rattazzi, Sella, Nicotera y Mancini guardándolas y poniéndolas en práctica! *O præclarum custodem ovium, ut aiunt, lupum!* Hé aquí por qué ahora parece bastante claro y evidente que ni el Papa es libre, ni bastan, ni bastarán nunca las garantías del gobierno italiano para que lo llegue á ser: ¿Qué sucederá, por lo tanto? Pensará en el asunto Dios, que no ha emancipado aún al mundo, crean otros lo que crean, y que mucho menos ha concluido de amar á la Iglesia, patrocinándola y defendiéndola por el propio amor que le profesa.

CAPÍTULO XXXIX.

Sacerdotes.

I. Vicios de los sacerdotes.—II. Escándalos que dan.—III. Verdaderas fuentes de su reprehension.

I. Si los impíos modernos maltratan tanto la cúspide del sacerdocio cristiano, ó sea el Vicario de Jesucristo, considerad cómo saldrán de su boca los simples sacerdotes, los párrocos y capellanes. Ciertamente los más moderados se contentan con pintarlos como una raza de ociosos, avaros y disolutos: los que van más allá descubren que son los propagadores de la supersticion, los sostenes del despotismo y los enemigos declarados de la felicidad pública y de la privada. No pueden oír nada de ellos sin alterarse, ni pueden hablar de los mismos sin enfurecerse. Hé aquí por qué su desengaño será cosa imposible, hasta que sus sentimientos sean más razonables: á los lectores que puedan tener alguna preocupacion contra ellos, pero no hayan perdido el sentido comun, demostraré que es realmente de todo punto absurda la malicia que se supone en el clero.

En primer lugar: ¿quiénes son los que se dedican al sacerdocio? Son vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros cuñados, vuestros hermanos, vuestros hijos; los que han crecido muchos años en el seno de vuestra familia, que tienen de comun con vosotros la patria, la casa, los bienes y la sangre: ¿Cómo, pues, de en medio de vosotros salen súbitamente hombres desnaturalizados hasta el punto de querer y de procurar lo peor para la nacion, con daño irreparable suyo y vuestro? Cuando mostraron

su vocacion, habíaisla deducido ya de que vivian más retirados del mundo, de que mostraban más inclinacion á las cosas piadosas, y de que tenian pensamientos más cuidadosos de religion. Ahora bien: ¿cómo se han convertido en los más perversos precisamente los que mejores eran? ¿Quién los ha despojado repentinamente de los buenos sentimientos que tenian, y los ha convertido pronto en avaros, soberbios, incontinentes, rapaces, aborrecedores del prójimo y enemigos de la sociedad? ¿Cómo sucede que todos dan esta salida? Vamos, explicadme tal fenómeno.

Será preciso decir que la educacion que se les da cuando se forman para el sacerdocio es la que los corrompe tan profundamente. Un efecto universal requiere una razon universal; mas, por favor, cuando querais difundir una fábula, decidla de modo á lo ménos que pueda tener apariencias de verdad, y que no choque tan groseramente con el sentido común. Prescindiendo de que muchos jóvenes se disponen para el ministerio eclesiástico sin abandonar las paredes domésticas, lo que se practica en los Seminarios es sabido por todos los que lo quieren saber. No se tienen centenares de jóvenes, que con frecuencia tornan á la casa paterna, tan separados del restante género humano para que se ignore lo que hacen: conocidos son tambien los recursos que se emplean para formar en ellos, además de la ciencia, la piedad hácia Dios, las buenas costumbres, y el ejercicio mas riguroso de las virtudes cristianas. Las leyes por las cuales se rige la educacion son los sagrados cánones, y sobre todo las prescripciones del Tridentino. No hay protestante tan rabioso que llame á la Iglesia en nuestros dias madre de corrupcion. ¿Cómo es, por consiguiente, que el clero formado así sea lo peor, mientras los jóvenes educados en medio del mundo, en el seno de familias no siempre morigeradas, y frecuentando Universidades que no son, de seguro, escuelas de buenas costumbres, salen mejores que los eclesiásticos? Si dijérais que un campo produce zizaña y lampazo por haber sido bien cultivado, no diríais absurdo tan

grave como afirmar que todos los sacerdotes son malvados.

II. Mas vemos algunos que dan escándalos horribles.—¡Ah! Os queria precisamente aquí. Si hay á veces sacerdotes escandalosos, lo cual lamento lo mismo y más que vosotros; más ¿no deducís, de la propia maravilla que causa en el mundo un sacerdote malo, que no debe ser una cosa común? ¿Quién se pasma de lo muy frecuente? Cuanto un Estado es más sublime, tanto más fácil debe ser faltar á lo que reclama; cuanto son más áridos sus deberes, tanto más fácil debe ser cumplirlos. Como la inmensa dignidad de los sacerdotes reside en hombres débiles, natural es que algunos falten; más ¿deberán condenarse todos por esto? Si es lícito confundir con los reos á los inocentes, hacedlo así. Entre los príncipes los hay que piensan más en pasar la vida entre goces, que en regir sábiamente los pueblos: decid, pues, que todos son holgazanes. Entre los ministros los hay que se cuidan más de la cartera que de la justicia: decid, pues, que todos son egoistas é interesados. Entre los abogados los hay que atienden más á su propio interés que al de los clientes: luego todos son ladrones. Entre los médicos, algunos envian más enfermos al otro mundo, que curan enfermedades: luego todos son asesinos. Entre las mujeres, las hay mundanas que se prostituyen: luego son ramera hasta vuestras esposas, vuestras hermanas, y así sucesivamente. Entre los Apóstoles hubo un Judas: luego todos fueron traidores. Si vuestro modo de discurrir vale respecto de los sacerdotes, valdrá tambien relativamente á todo el género humano. ¿Qué injusticia es ésta!

Bien que si no hablára con los detractores de los sacerdotes, tendria preparada otra respuesta. Decís que hay sacerdotes corrompidos; sí: ¿mas no sois vosotros, precisamente vosotros, la causa de sus escándalos? Noten, por merced, los lectores la verdad de mi contestacion. Concedido que hay sacerdotes que se olvidan de la gravedad de su estado, que hablan libremente, que se muestran osados contra la autoridad legítima, que profanan la cátedra del

Espíritu Santo, y que secundan un poco las pasiones del siglo: ¿no los ponen de súbito sobre las estrellas todos los libertinos, todos los mundanos y todos los detractores sempiternos del sacerdocio? ¿No proclaman que han llegado á la altura de los tiempos, y que no son siervos de las preocupaciones como los demás? ¿No les perdonan en seguida el delito imperdonable de llevar sotana y alzacuello? ¿Qué es esto sino animar y alentar los escándalos?

Aún lo hacen más directamente. La bondad mayor ó menor del clero es, segun acredita la experiencia, un espejo de la bondad mayor ó menor de la sociedad de la cual forma parte; de manera que si por un lado es mejor que la sociedad en que vive, se resiente por otro algo del espíritu de la misma. Es natural que así suceda, porque, por mucho cuidado que se tenga para conservar sano un cuerpo en un país de aire insalubre, nunca puede vencer por completo la influencia de la atmósfera que respira. Y sin embargo, como si no bastase la lucha que ha de sostener el sacerdocio para guardarse del hálito contagioso del mundo, aquellos que más chillan contra los escándalos de los sacerdotes, son despues los primeros que los despiertan y promueven.

¡Oh de cuántas maneras lo hacen! Primer fónes de los desórdenes del clero es la falta de sujecion de los pastores inferiores á los supremos, que tiende á destruir toda la jerarquía eclesiástica. Pues los aludidos no hacen más que atizar á los sacerdotes contra los Obispos, y á los Obispos contra el Romano Pontífice, bajo el pretexto de compasion á los infimos, y para impedir que otros *confisquen*, como dicen, *sus derechos*. Fuente de todo bien para los eclesiásticos es la concordia entre el clero secular y regular, que son como dos cuerpos de un mismo ejército destinados á auxiliarse recíprocamente: aquellos fomentan la discordia entre ambos, despiertan la envidia, y encienden aquellas emulaciones por las cuales se consumen despues en luchas privadas las fuerzas que debieran emplearse contra el enemigo comun. Para remover los escán-

dalos que pueden ocurrir en demasia, el único medio es la autoridad de los superiores legítimos, conservada en vigor; mas que un sacerdote prevarique, ó un religioso se desenfrene, y estad seguros de que se atraerán todas las simpatías de los incrédulos, quienes se creerán en el deber de sostenerlos y de patrocinarlos contra sus legítimos jefes. Gracias á Dios, en Italia no han sido muchos los sacerdotes que han prevaricado entre las solicitudes de estos últimos años; mas los pocos que infringieron su obligacion llegaron á ser pronto profesores, caballeros, inspectores, comendadores y así sucesivamente, sin embargo de que la mayor parte no tenían otro mérito que ser rebeldes á los superiores eclesiásticos. Hasta existen países donde los gobiernos han atado las manos á los Obispos y á los superiores regulares, de modo que se ven obligados á presenciar algunos desórdenes sin poder corregirlos: despues de todo esto, si sucede que algun sacerdote, que como hombre ha de ser contenido por la ley para que cumpla con sus deberes, prevarica, vienen los gritos y las declamaciones. ¡Justicia, en verdad, admirable!

No obstante lo dicho, ¿es cierto que son la peste que se describe, ó que hay tantos perversos como se procura fingir? Ni lo uno ni lo otro. Miétras los buenos son lo que la sociedad tiene de más intachable, los prevaricadores no son reos sino de lo que no asusta hoy en nadie á la mayor parte de los mundanos. Son tachados los sacerdotes de interesados, y concedo que alguno es más negociante de lo debido; pero, aún prescindiendo de que quizás está obligado á obrar así, porque vosotros, que criticáis al clero, con vuestras leyes y violencias lo habeis despojado, decid: ¿se hallan entre los sacerdotes, ó entre vuestros iguales, los rapaces, los ladrones, los que desean vaciar las cajas públicas, los entregados á todo género de usuras, de contratos pecaminosos y de monopolios? Son acusados de incontinencia, y, prescindiendo de que la malignidad de muchos agrava las maledicencias contra ellos, os concederé que alguno deshonor su estado; mas lo

que criticáis en ellos con tanta hiel, ¿no es acaso lo que haceis vosotros todos los días de vuestra vida? ¡Oh! ¿Qué? ¿No conocemos vuestras manías por los bailes, por las conversaciones, por los teatros, por las mujeres, por todas las diversiones del más desvergonzado libertinaje? ¿No conocemos todos vuestros enredos, á pesar de que os halláis en un estado en que debería seros mucho más fácil la continencia? Se reprenden como entregados al mundo porque se les ha visto mantener una conversacion demasiado alegre, ó en un teatro; como glotonos, porque han comido una vez de una manera extraordinaria; y como irreflexivos, por habérseles hallado con un traje poco severo. Ahora bien. Repito que no excuso estos desórdenes, sino que los pruebo con toda mi alma, porque sé cuán ajenos son á la virtud propia de una dignidad angélica como la sacerdotal; mas despues os pregunto: ¿por qué no mueren las reprensiones en vuestro lábio asistiendo como asistís todas las noches al teatro, celebrando festines con tanta frecuencia, y consumiendo en lujo y en vanidades aún más de lo que tenéis?

Y que los grandes murmuradores del clero son de tal ralea, es indudable. ¿Quién oyó jamás á los cristianos verdaderamente tales zaherir el sacerdocio y escarnecer tan augusta dignidad? Todo lo contrario: si ven cualquier escándalo en alguno, lo deploran muchísimo, gimen, y, si pueden, procuran repararle; mas despues, en gracia de la dignidad, se guardan de referir en público los vicios de la persona, mientras los infelices que no tienen religion de ninguna especie, y están llenos de podredumbre, nunca ponen término á sus declamaciones. ¡Tambien ésta es justicia propia del siglo presente!

En cuanto al número de los prevaricadores, gracias á Dios, es mucho más escaso de lo que otros creen. Si no parecen pocos, es porque los buenos viven quietos y escondidos en gran parte á los ojos del mundo, no pudiéndose así formar el parangon. Dividen éstos su tiempo en la Iglesia, en los tribu-

nales de la penitencia, en los estudios privados y en la oracion, sin meter ruido, por lo cual son casi desconocidos por los mundanos, que poseen el secreto de vivir sin religion y sin alma. Mas si hay alguno de vida mundana, por razon de su propio Estado, no puede vivir escondido, y es como una paja metida en los ojos de todos, que á todos ofende. Se realiza aquello de que la rueda peor del carro es la que más chilla.

Y en verdad aquel bien que se hace en el mundo, ¿quién lo hace? La mayor parte los sacerdotes. Ellos sostienen la piedad con sus predicaciones y con la direccion de las almas; ellos se oponen con todas sus fuerzas á los incentivos del mal que inunda. Desde las cabañas y tugurios hasta los palacios y las mansiones reales, allí donde hay piedad que promover, nutrir ó formar, está la mano sacerdotal. Ninguna necesidad, miseria ó infortunio se halla que no conforten, así como ninguna virtud u obra buena que no exciten. Por ser comun el espectáculo, no hace ahora impresion contemplar al sacerdote católico constantemente junto al lecho de los enfermos de dia y noche, en las casas no ménos que en los hospitales, y en las enfermedades comunes no ménos que en las pestíferas. Ya no hace impresion, por ser ordinario verle ocupado en la instruccion del pueblo más ínfimo de las ciudades, así como en los montes más desiertos, y en las tierras más incultas, toda la vida. ¿Quiénes consumen su existencia en las fatigas desmesuradas de las misiones, para beneficio de los pueblos? ¿Quiénes llevan todos los días á las regiones más bárbaras la fé de Jesucristo, en medio de penalidades y trabajos imposibles de describir? ¿Quiénes distribuyen hasta en los campos de batalla el bálsamo del consuelo sobre los moribundos, sino los sacerdotes? Me consta que sólo cumplen así con su deber, y nunca los invitare á sentarse ociosamente á la sombra de sus ganados laureles, porque tampoco se me esconde que al sacerdocio le está reservada la paz y la quietud en la tumba; mas sería bueno tambien que los que viven en el mundo altamente ocupados en *matar*

el tiempo, como dicen, ó en reunir dinero, ó en gozar de las delicias de la vida, viesen estas obras y virtudes, á lo ménos en cuanto bastase para no insultar y escanecer al clero todos los dias.

No es que no lo vean: yo daré la verdadera razon de tantas declamaciones; ven demasiado lo que hacen los sacerdotes. Nosotros tenemos que asistir en éste siglo á un espectáculo que sólo en el infierno se puede ver otro igual, y que en ninguna época, ni en medio de ninguna barbarie, se habia visto nunca. Hablo de una clase de hombres que odian formalmente á Dios cual los demonios, y procuran, en consecuencia, directamente arrancar la religion del corazon de los hombres. Las pruebas de esto son tantas, tan evidentes y tan solemnes en sus discursos y en sus libros, que no se puede poner en duda. ¿Qué harán, pues, para conseguir su objeto malvado? Ven que miéntras el sacerdocio goce autoridad en los pueblos, será imposible seducirlos: gritan, por consiguiente: *venite, opprimamus eum*. Se reúnen á fin de hacerlos desaparecer, si fuese posible, de la faz de la tierra. Con tal objeto inventan las calumnias más absurdas, y fingen historias escandalosas; si hallan algo que les perjudique, lo abultan; lo exageran y lo publican de todas maneras con infernal alegría; dicen que la Iglesia y sus ministros son asunto de comercio, granjería y ganancia; escarnecen á los que reverencian aún de algun modo el grado sacerdotal, llamándoles atrasados, retrógrados, oscurantistas, jesuitas, *jesuitismos*; y hacen los mayores esfuerzos para quitar toda su autoridad á los sacerdotes, ó á lo ménos para disminuirla. Quieren no tener más leyes que los contengan, y procuran con ahinco abatir á los que inculcan su observancia; aspiran á deshacerse de los príncipes, y en su virtud quieren quitar de en medio á los que recomiendan la sujecion á los mismos; ansían riquezas excesivas para poder proporcionarse siempre mayores comodidades y goces, y no pueden sufrir á los que inculcan la justicia y la caridad; tienen, sobre todo, manía por los deleites de los sentidos, y los quieren á todo trance, para lo

cual es preciso que se deshagan de los que intiman el pudor á las muchachas, la castidad á las matronas y la fidelidad á los cónyuges, así como de los que amenazan con las penas del infierno á los que abusan de sí mismos ó de otros.

El sacerdote continúa la mision de Jesucristo sobre la tierra, y así como no quieren á Jesucristo, así rechazan á sus ministros. El sacerdote es el medianero, el pacificador entre Dios y los hombres; y como no quieren saber nada de Dios, nada quieren saber del sacerdocio. Por el motivo que el haragan ó dia al pedagogo, el ladron detesta á la policía, y el rebelde abomina al ejército; el díscolo, el libertino y el impío aborrecen al sacerdote: ni los unos ni los otros pueden sufrir á los que se oponen eficazmente á la satisfaccion de sus pasiones. Quien no quiera creerme á mí, crea á sus ojos, viéndolo atentamente, cuáles son los enemigos del sacerdocio, su religion y su conducta, negando despues, si puede, lo que la experiencia de todos los dias y de todas las horas ha puesto y pone muy de realce.

La cosa, sin embargo, iria perfectamente si todo acabase con lo actual y no estuviese Dios de por medio; mas no es así. Dios ha querido expresamente que hubiese sacerdocio en su Iglesia; Jesus halla dispuesto que los mayores beneficios que nos querria dispensar los recibiésemos de las manos de los sacerdotes. No podemos entrar en la Iglesia sino por el bautismo, cuyo ministro ordinario es el sacerdote. No podemos, adultos, marchar bien sin la remision de los pecados, el Pan de la vida y la perfecta adoracion; mas esto no se puede obtener si el sacerdote no nos da la absolucion, si no ofrece el sacrificio, si no distribuye el Pan de los ángeles. Ninguno puede vivir eternamente sin la palabra de vida. Pues esta palabra de vida hála puesto Dios en el lábio sacerdotal, y á los sacerdotes incumbe administrarla á todo el pueblo, desde el niño hasta el viejo, desde el idiota hasta el sábio, y desde el villano hasta el Rey. Le toca fortalecernos en las agonias, santificarnos con la Extremauncion, administrar el viático para el gran tránsito, y librarnos con el sa-

crificio de las llamas del purgatorio. ¡Cuál habria de ser la reverencia para los investidos con ministerios tan nobles, por cuyas manos nos llegan favores tan excelsos!

Baste decir que Dios mismo, ni aun en vista de que pueden ser indignos, les sustrae la autoridad una vez conferida, indicándonos así cómo debemos tratarles, aun cuando prevariquen. Porque si aun entónces concurre con los mismos en la palabra que anuncian, en los Sacramentos que preparan y en la Misa que celebran, ¿quiénes somos nosotros para que, en vista de su indignidad, creamos que podemos insultarles?

¡Ah! ¡Ay de aquellos Cam malditos y de aquellos Absalones réprobos que, léjos de cubrir piadosamente las faltas de sus padres, las revelan y abultan! Llegará demasiado el momento en que experimentarán la verdad de aquellas palabras de Cristo: *quien os desprecia, me desprecia*; porque si Dios cargará la mano sobre los sacerdotes que no han cumplido con sus deberes, que no han custodiado su dignidad y que la han hecho servir para escándalo de otros, no dejará de cargarla tambien sobre aquellos que no la han respetado. Justo juicio de Dios es que falte á la hora de la muerte el sacerdote á los que lo han insultado mucho en vida. El impío Voltaire se bebió toda su vida de los ministros de Dios: en su hora última, en que veria las cosas diversamente de como las viera en medio de las locuras del mundo, mandó llamar á uno. ¿Pero qué? Sus propios amigos no lo dejaron entrar nunca en su estancia; por lo cual, gritando y profiriendo blasfemias, murió en la desesperacion. Tales ejemplos se han repetido otras veces, y podrian repetirse aún. Ahora bien, lectores: si tal cosa os pasase, y si en aquel punto no pudiésteis conseguir la asistencia de un sacerdote, ¿de qué os ayudaria el mundo sin él? Todos los príncipes de la tierra, todos los literatos y todos los sábios podrian en aquella hora ofreceros tesoros, oraciones, doctrinas, lo que gustéis; mas sólo el sacerdote puede absolveros el alma de las culpas, cerraros el infierno y abriros el cielo,

porque lo que desata en la tierra será desatado en el empireo, y lo que retiene, quedará retenido. Pensad, pues, en vuestra situacion: como no podeis engañaros con el pensamiento de no tener que morir, y como en el lecho de muerte (á no ser que hayais renunciado totalmente á vuestra salvacion), necesitareis del consuelo de los sacerdotes, tratadlos ahora de manera que merezcáis de Jesus la gracia de que puedan ayudaros despues con su ministerio para conseguir la dicha eterna.

Lo manifestado en el capítulo anterior, deberis pastar respecto del sacerdocio, si los enemigos de Dios no inventasen todos los dias nuevas acusaciones y calumnias contra ellos. Como he hecho de masado, creo utilísimo añadir aqui otras tres que las que se movien contra ellos, sobre todo en estas tres dias. «Los sacerdotes, se dice, espusan de su ministerio de varias maneras: en vez del Evangelio predicán la politica, turban la paz de las familias, negando hasta los sacramentos á los moribundos, y despues de haber atormentado á los vivos, imputan tambien á los muertos negaciones de la doctrina eclesiastica. Un ministro que sigue al príncipe, siendo por el remunerado, como llega á tomarse estas libertades y á insultar de este modo las familias y la sociedad cristiana? Como veis, lectores, aqui la acusacion es grave, porque va contra la sociedad, la familia y el individuo; pero no tan grave, y creed que mas me todo lo dicho, hay en medio la ignorancia, la mala fé y la perversion de los que tales objeciones presentan. Ahora lo veris. «Los sacerdotes predicán la politica, y por tanto los sacerdotes, se deben ó no mezclar en politica, es preciso primero formarse una idea clara de lo que es. La que se llama por tanto politica generalmentey O no entiendo nada de los principios y máximas por las cuales se rige un gobierno, ni dividir á los pueblos á la dicha politica en tierra, que es el fin de la sociedad civil, ó bien á la